

EL UNO ENTRE DIEZ MIL

Voy a contar la historia de mi hermano. Mía, porque la cuento yo, pero de mi hermano al fin y al cabo, como todas las cosas que a mi familia se refieren. No sé bien cuándo me di cuenta de que mi hermano era diferente. Por decir algo, diferente. Para los niños, todas las cosas son objeto de asombro, y a mí Marcos me causaba la misma extrañeza que podía causarme la lavadora. Sobre todo recuerdo mis primeros años en la primaria, cuando él estaría acabándola. Recuerdo esa sensación punzante de venenosa envidia hacia otros, hacia él, ese miedo abstracto, infinito, por él. La culpa del asesino cuerdo, angustiada. Un amor y una ternura que me hacían llorar si las pensaba. Por él y por los que, como yo, lo querían a él. Y el peor de todos, un odio negro, arsénico y voraz, cíclico y atento. Hacia mí, por miedo a no amarle a él. Como un morado en el alma tengo el recuerdo de mi infancia que es toda ella mi hermano. ¡Cómo lloré aquellos años! ¡Cuán amargos fueron! Aún siento esa envidia terrible hacia mis compañeros, que tenían hermanos grandiosos, fuertes y sanos, a los que abrazaban en el patio. Y el mío.

Cuando pienso en él siempre me viene a la cabeza blanco y anguloso, flotando en la bañera en uno de aquellos baños vespertinos que mi madre le hacía los domingos y a los que me gustaba asistir. Recuerdo ver sus ojos negros como carbones, flotando a gritos en la blancura de la bañera, que su piel apenas quebrantaba. ¡Cómo odiaba aquellos ojos! Aquellos que decían; «Mírame. Yo estoy así y tú no. Soy el uno entre diez mil.» Aquellos inteligentes, irónicos, estoicos, en los que mi madre encontraba mil chistes y en los que buscaba respuestas que nunca se daban. Que jamás se iban a dar. Me gustaba asisir a los baños porque cuando mi madre sentaba a Marcos, seco, en la silla, envuelto en su pijama y tapado con su manta, era feliz. Yo lo notaba y no me lo quería perder. No me lo podía perder. Y ahí envidiaba a mi hermano pues pensaba que si yo estuviese como él, mamá me querría más y mejor, que se aprendería el nombre de mi tutora y me llevaría la merienda a la puerta de la escuela. Luego me odiaba por pensar eso. Y lloraba y tenía pesadillas en las que yo, encerrado en mil tipos de jaula diferentes, observaba a mi madre abrazar a mi hermano, de pie y sano. Lo que más me inquietaba era lo último. No tengo que recordar aquel cuerpecillo malicioso y débil, como salido de un cuadro de Sorolla, porque jamás se me olvidó. Aquella muñeca escuálida y huesuda, sembrada sin orden ni concierto de unos dedillos retorcidos y completamente inútiles. Aquel era mi hermano, una jaula de huesos. ¿Dentro? Nadie lo sabía. Yo me lo imaginaba, lo intuía, pero a la vez temía que la idea que de él tenía no fuese más que una ilusión. ¿Y si él no piensa nada? ¿Y si no siente nada? ¿Y si no me quiere? Acudía a mi madre, llorando, a buscar respuestas cuando mi mente de niño se ahogaba en preguntas que sabía que me iban a descolocar. Que formulaba expresamente con ese objeto, para martirizarme. Ella me decía que si iba a quererle de todas formas, y no sabía lo que pensaba, podía imaginármelo como yo quisiera. Ella siempre encontraba el lado bueno, y pensar eso me hacía interrumpir todos mis juegos para dedicarme a regodearme de ficción, de posibilidades. Me imaginaba hasta el último chiste que mi hermano diría, la última chispa de su personalidad. ¿Cómo se puede querer tanto a un niño que es como una piedra? Era una cuestión que me rondaba mucho.

A veces pasaba largo rato observándole. Repasaba cada una de sus facciones y les encontraba la semejanza con las mías, con las de los demás. «¿Será realmente diferente?», me decía, tras largo rato en su rostro. Luego le miraba a los ojos, y no me cabía duda. Era diferente. ¡Qué contradicción! Como cuando uno dice muchas veces su nombre, y lo extraña hasta parecerle cacofonía ajena, extraña. Así extrañaba yo la naturaleza de mi hermano, que tenía más meditada y presente que mi propio nombre, que mi propio ser. Yo jugaba con él en el balcón de casa. Adaptaba los juegos para él. Realmente era como jugar con una silla, pero me imaginaba en la secuencia de sus parpadeos gritos de júbilo y me inyectaban sus muecas tsunamis de felicidad. Le ataba el extremo de una

cuerda al manillar de la silla, y yo, alejado, le daba vueltas al otro extremo. Imitábamos a las niñas que saltaban a la comba, incansables, en el patio, y que cantaban con sus vocecillas todo un repertorio de canciones. El juego que más me gustaba era el ‘pica-pared’, porque mi hermano era increíble jugando. Yo me ponía contra la pared: «Un, dos, tres, pica pared. Un, dos, tres... ». Luego corría hacia donde estaba él, le avanzaba un poco la silla y volvía corriendo contra la pared. «¡YA!».

Me giraba y le examinaba largo rato, de cerca, le ponía caras y acentos suspicaces como un detective de película y luego me volvía a girar, alabando su proeza en el juego. Creo que en el fondo esperaba que se moviera. Me encantaba, y a mamá también. Hasta a Marcos, sí, a Marcos también. Luego hacía sonar una voz en mi cabeza, asesina, perversa, que se planteaba si no habría jugado con él por pena. Y sentía mis entrañas deshacerse de pura podredumbre y el aire viciado. También me decía la voz cosas de él malas, malísimas, a traición. No las pensaba. De verdad que no, pero supongo que era una forma de torturarme bajo el efecto de aquellos ojos negros, que me hacían – me hacen – enloquecer. Eran de esas angustias que se agravan por minutos, que queman, y acudía corriendo a mi madre para que me arrancara la espina. Le confesaba mis pensamientos como un asesinato, no antes de hacerle prometer por él, por Marcos, que me seguiría queriendo igual. Ella me tranquilizaba de mil maneras, y me aseguraba que pensara lo que pensara, no tenía por qué confesárselo, porque «lo que está en la cabeza de uno no es delito». Fue inútil. La sola idea de confesarle las atrocidades que eran para mí aquellos pensamientos me retorció de vergüenza, y precisamente por eso, me empeñaba en hablar. Como empujar la mano al fuego sabiendo que te vas a quemar, cada palabra que conseguía pronunciar me mortificaba, me arrancaba trocitos de alma. Exactamente igual que cada tos arranca trocitos de la vida del tísico. Después de la confesión de turno, creía ver cierto reproche justificado en aquellos ojos negros, y menos amor en los de mi madre. Y ahí es cuando lloraba, y pensaba y volvía a llorar.

En la escuela era todo peor. En casa Marcos era normal para mí, para mamá y para papá. Casi se me hacía extraño, al principio, ver a la gente sorprenderse, mirar, preguntar. Sufrí mucho hasta que me acostumbré. Una vez una niña me dijo;

– Carlos ¿tú eres hermano de Marcos Barragán?

La pregunta me sentó como una puñalada infecta en los pulmones. Vi en los ojos de la niña una mezcla de espanto y curiosidad que me extrañó hasta el punto de asustarme.

– No. – respondí.

Fatal palabra. Quise pedir perdón a Marcos, confesárselo a mi madre junto a las otras fechorías, pero no pude. Tenía la absoluta certeza de que no había amor de madre lo suficientemente firme como para soportar aquello. De que me repudiarían. Llegué a casa y, sin mirar ni a mi madre ni a mi hermano, me metí en el cuarto a llorar de nuevo. Vi a mi hermano en el salón, en un viaje a la cocina para beber agua que repusiera mis lágrimas, y se me hundió el pecho de culpa. Pensé en fugarme. Hice la maleta, en la que metí mi colección de cromos del Zoo y mi camiseta favorita, pero no llegué a salir por la puerta. Abracé a mi hermano, a modo de despedida eterna, y le pedí perdón mil veces, y mil veces le besé la mejilla que era un pómulo afilado y lánguido, que olía a enfermedad. No le dije nada, pero con la seguridad de que me había perdonado me fui a dormir, agotado como nunca he estado, con la carita salada y los ojos hinchados. A partir de aquel día, cuando me preguntaban, decía;

– Sí, ¿por?

Y como esta primera pregunta viniera secundada por otra, la naturaleza de la cual me era completamente indiferente, descargaba en el/la joven curioso/a todo el poder de mi puñito infantil. Luego la profesora me castigaba tiernísimamente, con cara de pena, y yo lloraba en el baño contemplando los azulejos rotos y los dibujos de la puerta.

Cuando en la calle o esperando a entrar en la escuela veía a alguien clavar en él los ojos más de dos segundos seguidos – lo cual era muy frecuente –, me deshacía en insultos y imprecaciones como un pirata. Mi madre trató de mil maneras disuadirme de hacerlo, y con mil argumentos me convenció de que era normal que miraran, con su voz dulce que me hacía sentir que mi familia era – con ella – una incólume fortaleza, independiente del mundo y su crueldad.

En el fondo, sé que la divertían mis juramentos, y que se los tomaba como una pequeña venganza personal, inocua. Consiguí, pese a esto, que rebajara la condena a simples caras y gestos obscenos, que causaban entre los transeúntes curiosos una mezcla – digna de ver – entre espanto y vergüenza. Conscientes de su indiscreción, por un lado, y sorprendidos de que un niño de metro treinta fuera tan descarado, por el otro.

Mi madre se ocupó de buscarme un psicólogo infantil. Me acuerdo de la sala excesivamente colorida, artificial y metódicamente acogedora en la que me recibía aquella mujer. Yo la consideraba la más grande imbécil que hubiera nacido en el mundo, y así se lo hice saber, pues Chari – que así se llamaba – , preguntaba las cosas más evidentes, y plagaba aquella hora semanal de unos silencios que me volvían loco. Ni una sola vez me preguntó por mi hermano, y esto también me enfadaba. Ves a saber por qué.

Mi padre era el único que me ayudaba. Quizá porque pasaba tiempo solo conmigo. Yo tenía la certeza de que me quería más a mí. Le preguntaba todos los días, temeroso de que cambiara la respuesta de repente. Me llevaba a las canchas del puerto a jugar a la pelota. Él siempre me decía lo mismo; «Sí hijo, pero no se lo digas ni a mamá ni a Marcos». Yo me colgaba de su brazo o de su espalda todo el camino de vuelta. Sabía también que mamá quería más a Marcos. Jamás le pregunté. Sabía la mentira que me sotaría y sabía también la verdad. Las madres siempre afirman querer a todos sus hijos por igual, pero no es verdad. Ella quería más a Marcos, y yo lo aceptaba en silencio. Aunque se me encendía el pecho cuando oía de sus labios un «cariño». Qué sé yo. A Marcos tampoco le decía muchas palabras bonitas, era su forma de querer. Hubiera querido que me quisera de forma más explícita. Pero yo tenía a papá, y Marcos nos tenía a los tres. Y ninguno tenía a Marcos del todo, él vivía dentro suyo y nunca salía de ahí. ¿Cómo iba a hacerlo?

Mamá era como un velero, que bailaba los vientos de Marcos. Mamá y Marcos. Marcos y Mamá. Una misma cosa. Mamá se amoldaba como una contorsionista a cada pestañeo de él, a cada ruidillo gutural, a su ánimo incierto. Eran mar y arena, robándose el terreno el uno al otro en la misma respiración ondulante, consensuada. Respiración que marca el mar. Marcos era el mar.

Hasta yo, tan joven como era, con la inteligencia necesariamente plagada de fantasías e irrealidad, sabía que mi hermano se moriría. El mar también muere, constantemente. La esperanza de vida para los afectados por su misma enfermedad es de entre ocho y doce años. Mi hermano vivió hasta los catorce. Dos años que seguramente alargó mi madre con sus cuidados y su amor. Sólo fueron dos días de paliativos cuando todo emperoró. Tengo en la mente imágenes fijas que yo debí contemplar horas, y conversaciones lánguidas que empezaba mi padre en aquellas salas pálidas, que yo no me molestaba en secundar. «No te molestes, papá. », pensaba. Recuerdo a mi padre salir corriendo de mi lado. Y yo quedarme terriblemente solo. Casi seguro que había más familiares diciéndome cosas en un tono que pretendía sonar alegre. Yo los despreciaba a todos, pues tenía la idea clavada de que pensaban que él estaba mejor muerto. ¿Y mi incólume familia? Recuerdo la imagen de la virgen metida en un agujero arqueado de la pared. La estuve mirando mucho tiempo. Le pregunté a una viejecilla triste, sentada a mi lado, que quién era ella [la virgen], y la mujer, más feliz que una perdiz, de repente, me explicó no sé qué historia y me enseñó a rezar. Yo asocié a la virgen con el adivino de la lámpara, por lo que me dijo la mujer. Y no supe qué pedirle. Mi hermano se iba a morir. Lo sabía. No lo entendía, pero lo sabía. ¿Qué le esperaba, en ambos casos? Alguien me llevó a su habitación, y escuché llantos como ecos ajenos y cantos de grillo. Recibí muchas palabras de consuelo, de mi padre, que lloraba como un grillo. Le cerraron los ojos, me sentí aliviado. No aparté la vista de una máquina que había en la mesita, que le ayudaba, le había ayudado, a respirar. Mamá no lloró, y yo tampoco. La vi derrochando los ojos por la ventana, mirando la franja plateada que era el mar. Completame sola, pese a que la habitación estaba aún llena de gente. Yo estaba en la habitación.